



XXVI.

DE NUEVO EN FILIPINAS.

1615-1621.

Aparición de los enemigos en Manila.—Angustias de los vecinos.—Guerra en las Molucas.—Ataque á Ilo-Ilo.—Son derrotados los holandeses y los mindanaos.—Otra batalla naval en Playa-Honda.—Victoria de los españoles.—Tremendo naufragio en Mindoro.—Los gatos de la plata en el estrecho de San Bernardino.—Tiempo perdido.—Competencia entre ingleses y holandeses.—Se entienden para medrar juntos á expensas de los españoles.—Éstos resultan beneficiados.



SPIELBERGEN navegó con felicidad desde California á las islas de los Ladrones, y de éstas á las Filipinas, llegando á la boca de la bahía de Manila como llegan los lobos á las dehesas: cuando menos se esperan. Don Juan de Silva había tomado para la grande armada con que fué á Malaca cuanto había de provecho en la capital del Archipiélago: barcos, hombres, armas y dinero. Nada dejaba detrás, pensando que nada había de resistirle, y es de concebir el efecto que producirían las naves holandesas entre los pacíficos vecinos guardadores de las casas. El espanto y confusión con que procedieron á disponer defensas tenía mucho de cómico; lo mismo que había ocurrido en Lima: todo se comenzaba con vocerío y carreras; pero aquí las daban mujeres, frailes y comerciantes, componiendo el núcleo de la gente blanca que había quedado, y desviviéndose por organizar compañías de indios y chinos, más



dispuestos á escurrir el bulto que á cargar con los arcabuces de desecho dejados en los almacenes. Campanas ya no había; recogieron las escorias de la fundición anterior para moldear algunos cañones; hicieron los religiosos capitanes; á uno de la Compañía de Jesús encomendaron la artillería; el licenciado D. Andrés Alcázar, de la Audiencia, se hizo cargo del generalato....., y en esto, dichosamente, paró todo, porque, enterado Spielbergen por algunos prisioneros de la fuerza considerable con que Silva había partido, temiendo que por los pasos de Acuña arrollara á sus compatriotas en las Molucas, emprendió á toda vela la travesía para socorrerlos.

No poco le sorprendió que en estas islas no supieran nada ni hubiera parecido por sus aguas nave española; al contrario, las neerlandesas continuaban mandando en la mar, habiendo puesto el fuerte de Orange, en Terrenate, en disposición de afrontar cualquier ataque, y con el refuerzo que las dió «llegaron á poner las cosas del Moluco en peligroso estado»¹.

Como pasara tiempo sin presentarse la expedición, decidieron tomar la ofensiva con plan atrevido de establecerse ellos en las Filipinas y cortar en su origen la salida de tropas, entendiéndose con los naturales, que se levantarían contra la dominación española, y con los moros de Joló y Mindanao, que habían de ayudar á destruirla. Empezarían por apoderarse de Ilo-Ilo, en Panay, astillero, almacén y excelente base de operaciones. En el Japón trabajaron para extirpar el cristianismo; ahora, aliados con los cazadores de esclavos, servían á la causa de Mahoma si se profundiza en consideraciones; pero ellos una sola se hacían, lo mismo que los franceses en las ligas con los turcos: para dominar en los mares de la Polinesia, para hacerse dueños del comercio de Oriente, era preciso aniquilar á los españoles, primeros ocupantes y sostenedores de doctrinas opuestas á las suyas. ¿Qué importaban los medios si se llegaba al fin?

El 28 de Septiembre de 1616 fondearon ante Ilo-Ilo 10

¹ 1616. Carta de D. Jerónimo de Silva. *Colección de documentos inéditos*, t. 1, 11.



naos, poniendo el costado á las trincheras de madera y tierra, aderezadas por el gobernador de Visayas, D. Diego de Quiñones, que contaba con 60 soldados y siete cañones de campo. Los holandeses batieron todo el día el fuerte, destruyendo el frente de la mar, y en la madrugada del 29 desembarcaron 500 hombres para dar el asalto; mas se encontraron detenidos por estacada provisional, establecida durante la noche, y por el fuego de arcabucería que Quiñones, herido, dirigía, haciéndose conducir en una silla. Los asaltantes tuvieron en corto tiempo 87 muertos y más de 100 heridos, que embarcaron, sin tratar de segunda acometida, y fué dicha, porque apenas se habían largado aparecieron los aliados de Mindanao con 24 caracoas cargadas de gente. A ellas salió el capitán Lázaro de Torres, consiguiendo echar á pique seis de encuentro, y apresar una, con gran carnicería.

Las naos rechazadas en Ilo-Ilo fuéronse hacia Luzón, ocupando en el puerto del Fraile ó Playa-Honda el mismo fondeadero dos veces funesto á sus compatriotas: era el segundo punto de reunión señalado á los joloanos, que se vieron venir por la costa tan á tiempo que pudieron salir de noche dos galeras y esperarlos tras una punta, descalabrándolos de forma que hubieron de retirarse sin verificar la unión.

Esta vez no estaba el puerto en el abandono en que lo dejó D. Juan de Silva; se hallaban de vuelta los barcos de su expedición, componiendo armada que no se consideraba inferior á la del enemigo, á saber: capitana *Salvadora* ó *San Salvador*, de 46 cañones; almiranta *San Marcos*, de 42; nao *San Juan Bautista*, capitán Pedro de Heredia, de 32; *San Miguel*, Rodrigo de Guillistegui, de 31; *San Felipe*, Sebastián de Madrid, de 27; *San Lorenzo*, Juan de Acevedo, de 22; tres galeras, regidas por D. Alonso Enriquez, y un patache, de que era capitán Andrés Coello. Por General tenía á D. Juan Ronquillo, y por Almirante á D. Juan de la Vega ¹.

¹ Carta del Ldo. Manuel de Madrid, oidor de Manila, al marqués de Guadalcázar, virrey de Nueva España. Manuscrito. Colección Navarrete, t. XII.

Relación de servicios del general Juan Ronquillo. Manuscrito. Academia de la Historia. Colección Salazar, D. 63, fol. 122.



Aunque desiguales en porte, forma y armamento, las naves eran 10 á 10, y por ello se creyeron los españoles excusados de precaución que les proporcionara ventaja, antes bien dieron la vela á toda luz el 13 de Abril de 1617 en camino directo á Playa-Honda, y la capitana se adelantó, haciendo gala de pasar ante la línea, recibiendo el fuego de todos los navíos. El día 15 se formalizó la batalla, reñida y breve por tanto, acabando con victoria completa de los españoles. La capitana de Holanda, el *Groote Zon*, tan gallarda en Cañete, salió destrozada; dos grandes naos se fueron á fondo; las demás, en dispersión, huyeron hacia el Japón, sin que las nuestras pudieran alcanzarlas ¹.

Deslustró el triunfo una acción personal inesperada, que no debe callar la historia á fin de que, así como por ella se perpetúan los merecimientos, así reciban pena irremisible y eterna vergüenza las bajezas. Cuando todos los navíos españoles buscaban enemigo á que aferrar, uno de los más fuertes y hermosos, la almiranta *San Marcos*, se anduvo tapando con el humo, sin pelear, pareciendo que el capitán, D. Juan de la Vega «cuidaba más de su vida que de su honra» ². Fecnicida la batalla se desgaritó hacia Ilocos, huyendo de los que huían, y porque se creyera alcanzado ó por la sola razón de su miedo, embarrancó en la costa y puso fuego al casco.

Hubo en Manila fiestas regocijadas en proporción á las angustias que los holandeses habían hecho pasar á los vecinos, así con las amenazas, como con los trabajos para sublevar á los indios, trabajos completamente perdidos, con la moral, en esta segunda derrota, sufrida á vista de todos.

Pasado un mes, pensando en utilizar la reacción, iban seis galeones malparados en la batalla á carenarse en el astillero de Marinduque; la estación, ya entrado Octubre, era mala; la gente que los conducía, poca; un baguío los azotó en el

¹ Son muy oscuras las apreciaciones de la batalla: los españoles creyeron que la capitana enemiga, con siete más, se había hundido, y que por resultas de averías zozobraron luego otras dos, no quedando, por tanto, ninguna; mas no fué así. Según el P. Murillo Velarde, llamábase el general holandés Juan de Rodmik.

² El P. Murillo Velarde.



canal, y ninguno llegó á su destino, despedazados en la costa de Mindoro. Se ahogaron 400 personas ¹.

Don Alonso Fajardo, hijo del general del Océano, D. Luis, nombrado gobernador del Archipiélago, empezando á ejercerlo en 1618, procuró remplazar la escuadra, atento á las maniobras de los holandeses entre los chinos, mestizos é indios, para favorecer las cuales volvieron á presentarse en la bahía seis navíos, que sufrieron desengaño ².

Fué por entonces la última tentativa, habiendo variado de táctica y consistiendo la nueva en situar sus bajeles en crucero á la boca del estrecho de San Bernardino, por donde entraban las naos de Acapulco, aquellas en que, además de los 500.000 pesos de registro anual, enviaban los mercaderes plata acuñada para las transacciones con China, en mayor suma de la permitida por las Ordenanzas reales ³.

Por ensayo fueron el año 1620 tres navíos grandes al acecho de los galeones que debían haber salido de California en el mes de Abril; eran dos: capitana *San Nicolás* y patache almiranta, á cargo del general D. Fernando de Ayala, conoedor del Archipiélago. Durante el viaje se apartaron, llegando sola la capitana á San Bernardino el 25 de Julio. Viendo sobre la boca á las tres naos presumió fueran españolas y vino hacia ellas sin recelo hasta llegar al habla y

¹ *Relación de lo sucedido en las islas Filipinas desde el mes de Junio de 1617 hasta el presente de 1618. Colección Navarrete, t. v, núm. 32.*

² Este Gobernador logró, por lo contrario, ser muy popular entre los indígenas, aliviándolos del trabajo de corte y arrastre de maderas para los astilleros. Dejó buena memoria en las islas, é hizose notar con terrible venganza doméstica siendo médico de su honra. Puede verse el *Episodio histórico dramático* en el *Boletín de la Academia de la Historia*, t. VIII, pág. 39.

³ No he logrado ver dos papeles que podrán tener interés para conocimiento de los sucesos bosquejados en este capítulo: uno, citado por D. Vicente Barrantes en las *Escenas piráticas de Filipinas*, se titula: *Viaje del Mase de Campo Cristóbal Ezquerria á las Molucas por orden de D. Juan de Silva*. Relación que hace Fr. Pedro Matias, obispo de Cebú, este año de 1612. El otro en el *Catálogo de manuscritos españoles del Museo Británico*, t. IV, pág. 143. *Relación de las naos grandes y pequeñas y fortalezas que los holandeses tienen el día de hoy 6 de Junio de 1619 en estas partes, y su trato y comercio y orden de sus despachos para Holanda y otras partes, hecha por Andrés Martín del Arroyo, que estuvo cautivo en su poder y anduvo en sus naos y se huyó de ellos á 21 de Diciembre deste de 1619 en la Java mayor, en el puerto de Xacabra.*



oir que le intimaban la rendición. Sabido es que tales naos no se armaban en guerra; la *San Nicolás* tenía seis piezas de bronce y 60 tiros de dotación; sin embargo, Ayala ordenó la preparación para el combate, y aunque la tomaron en medio cañoneándola, se defendió todo el día y parte de la noche, arribando después de anochecer por un abra desconocida de la isla Samar, donde no se atrevieron á seguirle. Fondeó á ciegas en aquel paraje desabrigado, que resultó ser la ensenada de Borongán, y faltando las amarras cayó el barco sobre unas peñas, donde se desfondó; pero la gente, la plata y los efectos se desembarcaron.

Pocos días después, el 2 de Agosto, se repitió la escena con el patache retrasado; se metió igualmente por los bajos, perdiéndose el vaso en la isla de Palagpag, con salvamento de tripulación y carga. «Han sido pérdidas muy gananciosas», escribía el Gobernador ¹.

La idea de los holandeses era excelente. ¿Qué harían los españoles en Filipinas cortándoles dos años seguidos la consignación de Nueva España, con que se mantenían? Casi con certeza era de asegurar que las abandonarían, porque, después del naufragio de la armada de Zuazola en Conil, vanamente habían de esperar recursos de la metrópoli. Claramente lo expresaba el Gobierno á las Cortes reunidas en Madrid el año 1621, en nota así redactada ²:

«Cada año se gastan en las Filipinas más de 300.000 ducados en sustentar la guerra con los moros y con los herejes septentrionales, y aunque Su Majestad no saca provecho de aquellas partes y *ha tenido pareceres de abandonar aquellas islas*, solamente porque no se pierda la mucha cristiandad que hay en ellas, y el fruto que se ha hecho en la fe por medio de los obreros que ha enviado, no lo ha querido hacer.....»

¹ Carta que escribió en Manila á 9 de Agosto de 1520 D. Alonso Fajardo de Tenza al P. Comisario general de la provincia de Nueva España, dándole cuenta de los varios sucesos que ocurrieron en aquellas islas y sus mares con los enemigos holandeses. Colección Navarrete, t. XII, núm. 23. Aparte hay: *Relación del suceso que tuvieron las naos que de Nueva España salieron para Filipinas este año de 1620*. La misma colección, tomo V, pág. 34.

² *Boletín de la Academia de la Historia*, t. XV, pág. 391.



Muy hábil era, pues, la maniobra de los holandeses á no desconcertarla el gobernador Fajardo, previniendo que, en vez de seguir las naos de Acapulco la derrota ordinaria trazada y conocida, alteraran la recalada, haciéndola distinta cada año, con lo cual perdieron su tiempo y su mucha paciencia los bátavos cruzando sobre el cabo del Espíritu Santo y boca de San Bernardino.

Más que esto contribuyó á la ocupación española la Compañía inglesa de las Indias, rival de la de Holanda desde el momento de su institución. La Especería, la India, China, Japón despertaron su codicia, aguzando el entendimiento de los directores en busca de medios con que suplantarlos. Empezaron á verse navíos ingleses en las Molucas en 1613; sentaron el pie en algún islote abandonado¹; construyeron luego un fuerte en Puloway, ingiriéndose paulatinamente en todos los puntos en que sus vecinos se habían instalado, creándoles dificultades, y haciéndoles, por supuesto, competencia en precios y fletes. A este primer paso siguieron los de minarles el crédito en la corte del Japón, y de suscitarles guerra con los régulos de Java, con lo cual, dicho se está, se declaró abierta entre las dos Compañías, peleando sus respectivos barcos y soldados aunque las naciones estuvieran en paz. Comprendieron al fin en Inglaterra, lo mismo que en Holanda, que la lucha, tal cual estaba planteada, no serviría más que para reducir las utilidades de cada una, é hicieron concordia ó estipulación con condiciones que se firmaron en Londres el año 1619, y en Jatrava (Java) el siguiente, allanando todas las diferencias y haciendo alianza ofensiva y defensiva para medrar juntas á costa de España². Por una de las cláusulas había de instituirse en Batavia un Consejo compuesto de Delegados de ambas Compañías, que dirigiría las operaciones de la guerra. Ordinariamente mantendrían por partes iguales 20 navíos de guerra, á reserva de crecer el número según las necesidades ó circunstancias, siendo el tipo de 600

¹ Correspondencia citada de D. Jerónimo de Silva.

² Blumentritt, obra citada.



á 800 toneladas con 30 piezas de artillería, cuando menos, y 150 hombres de tripulación. Quedaba á la decisión del Consejo fijar la entidad y número de embarcaciones que computieran la armadilla de remo. Las conquistas realizadas en lo sucesivo habían de ser de propiedad común, y si el Consejo lo creía de conveniencia se compondría la guarnición con soldados de una y de otra.

Con este convenio cesó la guerra ostensiblemente; mas como no variaba aquél, ni podía variar las causas originarias, la guerra sorda prosiguió sin tregua, trabajando los dependientes de cada Compañía cuanto podían en secreto contra los de la otra, al extremo de soliviantar los súbditos respectivos y de auxiliarles con armas y municiones.

La armada común, formada con cinco naos inglesas y cuatro de Holanda, fué á la boca de la bahía de Manila á principios de Febrero de 1621 á robar embarcaciones de chinos, como antes lo habían hecho solos los últimos ¹, mas se experimentó cómo hacían el papel del perro del hortelano.

Conocióse principalmente el beneficio del cambio de situación en las Molucas, pues entretenidos los aliados en procurarse recíprocos embarazos, el Gobernador español fué recuperando poco á poco los puestos perdidos y obteniendo de los naturales consideraciones de que nunca había disfrutado, sobre todo del sultán de Terrenate, el amigo más fiel de los holandeses, que rompió los compromisos é hizo las paces con España, confesando que si bien los primeros, no mezclándose en cuestiones de costumbres ó de religión, le habían ilusionado con la promesa de librarle de dependencia, se habían hecho tiranos intolerables, obligándole á no vender las especias, que representaban toda su riqueza, más que á los factores de la Compañía, y eso á los precios que se les antojaba señalar con brutal tiranía.

¹ *Relación de los sucesos de Filipinas en 1620 y 1621. Colección Navarrete, t. vi, números 8 y 9.*